

negoció su aprobación y admisión con cada príncipe en particular, y todos lo aceptaron sin objeción, sin exceptuar al príncipe elector y arzobispo de Tréveris, que había sido el último en hacer la paz con Roma.

Los pocos miembros del concilio de Basilea que después de haber sido anulado el salvo-conducto concedido á todos los miembros de aquella asamblea se habían trasladado á Lausana, entre ellos algunos obispos de Saboya, que por atención á la persona de Félix V continuaron allí el concilio con un grupo de eclesiásticos de categoría inferior, aceptaron de Nicolás V la ofrecida reposición en sus puestos y dignidades, y finalmente el mismo Félix V abdicó la tiara á cambio del título de cardenal y vicario del Papa, contento probablemente con poder volver á su retiro. En vista de esta abdicación los últimos miembros del concilio trasladado á Lausana eligieron á Nicolás V por Papa y se separaron el 25 de abril de 1448. Así concluyó el concilio de Basilea después de funcionar diez y ocho años.

Gradual é insensiblemente suprimió el papa Nicolás V las concesiones hechas á Alemania en el concordato de Viena, y á los pocos años había vuelto todo en el imperio al estado antiguo. Para evitar nuevas revoluciones en la Iglesia, porque no se había olvidado en Roma lo sucedido, se trabajó desde entonces sutil y constantemente por desarraigar la idea manifestada en los concilios de Constanza y Basilea de que el concilio y no el Papa representaba á la Iglesia, representación que fué calificada de usurpación inicua.

El coronamiento del edificio pontifical restaurado fué obra de Eneas Silvio, que con su talento había salvado al papado. En recompensa, fué ascendido sucesivamente á arzobispo de Siena, su ciudad natal, luego á cardenal y elegido finalmente Papa, en el año 1458, con el nombre de Pío II. Como tal condenó por herético el principio de la supremacía de los concilios sobre los papas, y con esta declaración imposibilitó para siempre toda nueva tentativa de reformar la Iglesia por medio de concilios, de los cuales él mismo había sido partidario en su juventud.

Los concilios, por lo demás, habían resultado insuficientes para esta reforma; la declaración de Pío II vino á decir que la Iglesia ni siquiera tenía intención de enmendarse, y con el fracaso de la reforma quedó dificultada la mejora de la organización política y social de las naciones. Para llegar á esta mejora quedaban dos medios: el primero era arreglar cada nación su política interior independientemente de la Iglesia ó modificándola en parte en su territorio, como se hizo en Inglaterra y sobre todo en Francia, y más adelante en mayor escala y sistemáticamente en España. El segundo medio consistía en separarse completamente de la Iglesia antigua para constituir otra reformada en su base dogmática, como hicieron en el siglo XVI Lutero, Zwinglio y Calvino.

El imperio alemán salió más perjudicado que los demás países por consecuencia del fracaso de la reforma eclesiástica, porque el papado ahogó con su influjo preponderante todo progreso nacional y social. Para mejorar la organización interior de Alemania era menester luchar contra la Iglesia, y para esto faltaban los elementos más imprescindibles: el emperador no tenía ni podía tener iniciativa y se dejaba llevar por los sucesos; los príncipes y magnates carecían de todo sentimiento nacional y patriótico: todos querían ser soberanos absolutos en sus territorios, y su egoísmo no les permitía hacer ni el sacrificio más insignificante; el pueblo no sabía lo que era dignidad nacional ni lo que eran intereses comunes; y cada comarca, cada pequeña subdivisión de comarca, vivía para sí y consideraba á todas las demás como país extranjero. Con semejantes elementos era imposible que el pueblo alemán llegara á ser una nación ó colectividad polí-

tica, como la acababan de constituir Francia ó Inglaterra á fuerza de colosales luchas interiores. El desmoronamiento del imperio alemán continuó sin interrupción y sin que Federico III, que solo miraba al interés de su casa, hubiese hecho el más pequeño esfuerzo para detener esta descomposición. En el Mediodía perdió el imperio el ducado de Milán desde la expulsión de los Visconti por los Esforcia; en el Oeste se formó á expensas del imperio la monarquía borgoñona; en el Nordeste los súbditos de la orden teutónica se aliaron con los polacos y la orden quedó desposeída; y la Hungría y la Bohemia, después de la muerte del joven Ladislao Póstumo, se constituyeron en Estados independientes sobre la base nacional. En el interior de Alemania era la situación lamentable: la guerra entre la liga de Soest y el arzobispo y príncipe elector de Colonia asolaba la parte occidental; en el Mediodía peleaba el príncipe elector del Palatinado, Federico el Victorioso, contra muchos y diversos enemigos; en Franconia luchaba Alberto de Brandeburgo, llamado Aquiles, contra las ciudades para quitarles su independencia y sus fueros; los husitas devastaban la Silesia, y los húngaros ocuparon Viena. En nada mejoró tan vergonzosa impotencia la expedición aparatosa de Federico III á Italia en el año 1452 para hacerse coronar emperador, la cual se verificó sin molestar en lo más pequeño ni á Francisco Esforcia ni á ninguno de los magnates que se habían apoderado de territorios del imperio. En marzo de 1452 el papa Nicolás V coronó emperador á Federico III y le casó con Leonor de Portugal.

Desde que Oton I renovó el imperio romano habían pasado cinco siglos ó poco menos, y ni siquiera la apariencia muy reducida de tal imperio, que conservó Federico III, tenía ya razón de ser en medio de la organización política totalmente cambiada del Occidente.

CAPITULO IV

EL FIN DE LA GUERRA DE SUCESION ANGLO-FRANCA

(1380-1456)

Los terribles efectos de la conmoción que recibió el orden político y social en la gran crisis de la Iglesia desde el fin del siglo IV se sintieron más que en ninguna parte en Alemania, pero algo tocó también á los Estados occidentales. Si en tiempo del rey Wenceslao las guerras intestinas asolaron principalmente el Mediodía de Alemania, especialmente la de Everardo de Wurtemberg contra las ciudades de Suabia, en Francia hubo también por el mismo tiempo conmociones civiles, originadas por el choque entre la naciente clase media, que necesitaba espacio, y el feudalismo de la Edad media. En esta lucha corrió la Francia peligro de desmembrarse en territorios independientes, y si se hubiera consumado la desmembración habría triunfado allí la reacción feudal como en Alemania. Por fortuna salvó á la Francia la preciosísima ventaja de ser ya una monarquía hereditaria con una ley de sucesión tan sólidamente establecida, que ponía al trono fuera del alcance de las intrigas codiciosas de los magnates egoístas. Esta monarquía, aun cuando ocupara el trono un rey física y moralmente degenerado, era el áncora de salvación y el baluarte de la colectividad nacional en los momentos más críticos, y fué el cimiento solidísimo sobre el cual se formó gradualmente la monarquía moderna. A la sombra de su institución monárquica se volvió á levantar la nación francesa después de la caída más terrible; y siendo esta institución lo único que la catástrofe dejó en pie, fué después, cual paladion santo, objeto de veneración casi reli-



Una vista de París en el siglo XV.
En primer término, á la derecha, se representa la entrada de la reina Isabel y á la izquierda al autor Froissart trabajando en su estudio.
Copia de una miniatura del manuscrito de Froissart que se conserva en la Biblioteca Municipal de Breslau.

giosa, y despertó en los tiempos de mayor impotencia sentimientos y fuerzas que solo suele despertar el entusiasmo religioso de los pueblos que luchan por su fe.

Muchísimo menos que la Francia sufrió Inglaterra por consecuencia de la crisis universal, gracias á la situacion interior excepcional en que la habian colocado entre todos los Estados de la Edad media sus luchas constitucionales del siglo XIII. Lo que faltó completamente á la Alemania, organizada feudalmente hasta en sus últimas fibras; lo que Francia con esfuerzo heróico, en el momento de ver amenazada de muerte su existencia nacional, aferrándose á su institucion monárquica, que era lo único que le habia quedado, estaba á la sazón creando, á saber: órganos por los cuales la nacion pudiera manifestar y ejecutar bajo su responsabilidad su modo de pensar en momentos supremos, los poseía ya entonces Inglaterra en su parlamento. Cuando en el reinado de Ricardo II la Inglaterra estaba amenazada de caer en el estado de desórden que á la sazón tenia agitada á la Francia, fué elevado al trono Enrique de Lancáster, bajo la responsabilidad de la nacion inglesa, por medio del parlamento. Despues la Inglaterra acabó de sacudir lo que quedó del yugo de la Edad media y conquistó con una guerra civil terrible las condiciones políticas y sociales de su existencia y de su vida modernas.

En medio de estas grandes crisis de Francia é Inglaterra, estas dos naciones mostraron con las armas su antagonismo secular y lucharon por sus respectivos dominios territoriales. Solventadas estas diferencias, pudo hacerse entre ambos países una paz sólida y una inteligencia para una accion comun en los sucesos generales, y desde entonces han ejercido las dos potencias un influjo decisivo en la enredada y complicada política europea.

La Francia debió á su rey Carlos V, cuya política no tuvo nada de grande, los medios de levantarse de su caída. En union con la nobleza baja y las ciudades fundó este monarca una situacion ordenada, para contener las extralimitaciones de la fuerza feudal. La muerte temprana de este rey y la menor edad de su sucesor dió á la ambicion feudal ocasion de recuperar su posicion perdida y de inaugurar una reaccion brutal; y en la lucha entre el principio feudal antiguo y el moderno, volvieron á aparecer el desórden, la arbitrariedad y la ilegalidad, que con tanto trabajo habia dominado Carlos V. A su muerte, sus rapaces hermanos dividieron entre sí, cual botin conquistado al enemigo, las rentas y derechos del trono, que fué ocupado por Carlos VI, niño de doce años de edad. El duque de Berry, gobernador del Languedoc, solo se cuidó de satisfacer su codicia, y Luis de Anjou se valió de su calidad de regente para ganar con los recursos de Francia la corona de Nápoles. El peso de los impuestos, que el pueblo habia soportado en el reinado de Carlos V porque servía al bien comun, se hizo inaguantable, y el despotismo de los nobles, que con los tios del jóven rey volvieron á imperar, exasperaba á los habitantes de las ciudades y del campo. En 1381 estallaron desórdenes; la multitud tiranizada se levantó y desahogó su ira en los empleados del ramo de contribuciones, y en el Mediodía, como en tantas otras ocasiones, en los infortunados judíos, odiados por su prosperidad y actividad industrial. En la capital el pueblo mató á los recaudadores y otros empleados del tesoro con mazas de plomo; se cerraron los barrios y calles principales con cadenas, y se organizó una milicia que vigiló desde las puertas y murallas de la ciudad para evitar un golpe de mano de la nobleza, porque el ejemplo de lo que los nobles habian hecho y hacian en las ciudades de Flandes no dejaba duda al vecindario sobre la suerte que le esperaba si la ciudad caía en sus manos.

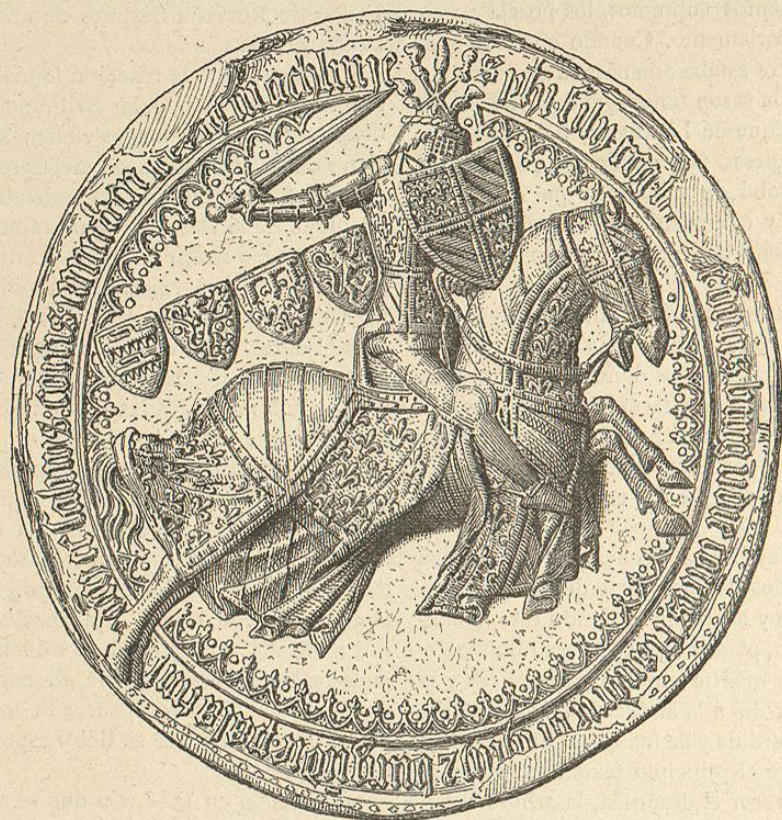
En Flandes se habia encendido de nuevo la guerra entre el conde y los nobles por una parte y las ciudades amigas de Inglaterra por otra. Apoyaban á los nobles los Valois, porque el tío del rey, el duque Felipe de Borgoña, que desde la partida del regente, su hermano, el duque de Anjou, para ocupar el trono de Nápoles, tenia en sus manos el timon del Estado, era yerno y heredero presunto de los condes de Flandes, y para salvar su herencia marchó á aquel país á la cabeza de un ejército de nobles con sus lanzas y alcanzó en noviembre de 1382, cerca de Roosebeke, una brillante victoria sobre las fuerzas de las ciudades. Estas, no recibiendo auxilio de Inglaterra, tuvieron que someterse otra vez en el año 1383 al conde, su soberano. A principios del año siguiente, habiendo muerto el conde, tomó posesion del país Felipe de Borgoña despues de una resistencia vana de los habitantes de Gante.

Envalentonada la reaccion feudal con este éxito, que quitó al movimiento popular en Francia aquel apoyo, procedió desde entonces con mayor violencia para conseguir la sumision y obediencia por medio del terror. Los parisienses fueron desarmados, se quitaron las cadenas que cerraban las calles, las obras de la Bastilla fueron rápidamente rematadas, y el nuevo palacio real, el Louvre, á orillas del Sena, vino á ser una fortaleza construida para dominar la poblacion levantisca de París, la cual perdió su administracion autonómica y el derecho de elegir su consejo municipal. Todas las personas complicadas en las sublevaciones de los años 1381 y 1382 fueron castigadas sin commiseracion y el menor asomo de resistencia fué sofocado cruelmente. El país gemia bajo el peso insoportable de impuestos y gabelas, y solo parecia existir para satisfacer los caprichos desenfrenados de la nobleza egoista y crapulosa. La vida de placeres de los nobles y del jóven rey contrastaba cruelmente con los padecimientos del pueblo. El casamiento del rey Carlos VI en el año 1385 con Isabel, hija del duque Estéban de Baviera Ingolstadt, no mejoró la conducta del rey ni de la corte, pues Isabel, alemana lasciva, desenfrenada y ambiciosa, fué desde el primer día compañera de los nobles y de sus liviandades, y ejerció sobre su débil esposo la mas perniciosa influencia.

De repente, en 1388, sin que se sepa si por impulso propio ó si impelido por otro, volvió el rey sobre sí y tomó en sus manos las riendas del gobierno, acabando con el desgobernio del regente y de sus secuaces, y reponiendo en sus puestos á los funcionarios del tiempo de Carlos V. Entonces volvieron á imperar el órden y la honradez en la administracion; pero la energía del jóven rey se embotó muy pronto y no tardó en restablecerse el estado anterior. La vida relajada de la corte, que derrochaba en vanidades el sudor del pueblo, era incompatible con una administracion ordenada; las intrigas de la reina sembraban la discordia entre la alta nobleza; y para mayor desgracia del país, la demencia del rey estalló en un ataque de furor en agosto de 1392, hallándose camino de Bretaña, á donde iba á castigar á un vasallo rebelde. Desde entonces tuvo el rey pocos intervalos lúcidos y muchos ataques de furor, pasando el resto del tiempo, á veces muchos meses, taciturno y ensimismado. Hallándose incapaz de gobernar fué necesaria una regencia, que correspondió naturalmente á los tios del rey, los cuales volvieron á colocar en todos los empleos á sus secuaces. Los funcionarios honrados del tiempo de Carlos V, á quienes su hijo habia repuesto en sus empleos en 1388, fueron destituidos, encausados y perseguidos; todas las reformas y mejoras que se habian introducido en la administracion fueron revocadas y anuladas, y la nacion y el gobierno volvieron á ser explotados como antes.

A tanto infortunio se agregaron luego los horrores de la guerra civil, provocada por haber sido excluido de la regencia el duque de Orleans, que como hermano del rey, y teniendo 21 años de edad, era el llamado á ejercerla, y que en vez de esto veía á su tío, el duque Felipe de Borgoña, ir haciéndose rápidamente dueño de la corte y del reino. A este motivo se agregó la situación política respectiva del hermano del rey y del tío. Este último, cuyo ducado de Borgoña se había engrandecido con la agregación de Flandes, Limburgo, Holanda y el Hainau, deseaba salir de su condición de vasallo de la corona de Francia, sin contar que los intereses materiales de sus dominios en los Países Bajos exigían relaciones amistosas con la vecina Inglaterra. Con-

tribuyó á enconar la situación la enemistad personal entre el duque de Borgoña, Juan, que había sucedido en 1404 á su padre Felipe, y Carlos de Orleans, por las relaciones ilícitas que éste tenía con la esposa de aquel. El resultado fué que el duque de Borgoña se puso á la cabeza de la oposición del pueblo contra los regentes. Esto envalentonó á la población de París, la cual tomó una actitud tan amenazadora en el verano del año 1405 que la corte creyó prudente trasladarse á otra población. Entonces el duque de Borgoña convocó al consejo de Estado, acusó á la regencia de desgobierno y restituyó á la ciudad sus antiguos fueros y privilegios. En esto la inminencia de un ataque de parte de Inglaterra produjo una reconciliación aparente de los dos



Sello de Felipe el Atrevido de Borgoña. - Consérvase en el Archivo del Estado, en Berlín.

partidos opuestos; pero el duque de Borgoña no por esto renunció á su venganza, y cuando una noche del mes de noviembre de 1407 el de Orleans fué asesinado alevosamente en la calle en una de sus correrías nocturnas, la opinión general designó al de Borgoña como autor del crimen, y evidentemente con razón, si bien la corte no se atrevió á proceder contra él. En efecto, el pueblo de París manifestaba públicamente su alegría por la muerte del de Orleans; y á tanto habían llegado la desmoralización y la confusión de las ideas de lo justo é injusto, que un profesor de la universidad de París, llamado Juan Petit, publicó un escrito en el cual trató de justificar el asesinato de los tiranos, escrito que después dió motivo á debates muy vivos en el concilio de Constanza. Lo peor fué que la misma corte adoptó las opiniones de Petit, pues no otra cosa significaba el convenio ajustado en Chartres, á principios del año 1409, en virtud del cual el duque Juan recibió el perdón del asesinato, «cometido para bien del rey y del reino,» y los hijos de la víctima se vieron obligados á renunciar bajo juramento solemne á toda venganza y desquite. La impunidad hizo que el duque de Borgoña creyera que todo le estaba permitido, y en la capital era personaje más importante que el rey, que

apenas nunca salía de su perturbación mental. La misma reina Isabel tuvo que aliarse con el duque para figurar, y hizo con tanta mayor voluntad cuanto que bajo el régimen del duque se reanudó en la corte la vida de placeres tan criticada antes.

Los Orleans, y en primer lugar Carlos, el hijo mayor de duque asesinado, estaban aguardando el momento favorable para vengarse, y los muchos enemigos del omnipotente duque de Borgoña les prometían su apoyo. Para derribarle formaron en 1410 en Gien una liga en la cual entraron muchos príncipes y nobles, entre ellos el conde de Armagnac, descendiente de los duques de Aquitania, el cual reunió una numerosa tropa entre los montañeses del Mediodía, tropa que pronto fué el terror de los países por donde pasaba. Esto dividió la Francia en dos partes, y puso al borde de su ruina la unidad del reino, que tanto trabajo había costado establecer. El Norte de Francia, donde predominaban el elemento industrial y el espíritu feudal, por estar más mezclada la población con sangre franca, es decir, germánica, se armaba contra el Sur, en cuya población prevalecía el elemento celta romanizado, que había estado en gran parte y durante largo tiempo bajo el dominio de Inglaterra. Los parti-



Coronación de Enrique IV de Inglaterra. Copia de una miniatura del manuscrito de Froissart que se conserva en la Biblioteca Municipal de Breslau.